

## EL DEL GENERAL

# ANTONIO BARAYA

El cuatro de octubre, en nombre del Arma de Ingenieros y presentes el señor Mayor General Ministro de Defensa Nacional, los Altos Mandos de las Fuerzas Militares, los descendientes del General Baraya y numeroso público, dijo el Mayor Ramiro Zambrano Cárdenas, al descubrirse un busto del prócer en el Batallón de Ingenieros que lleva su nombre:

Señor General de División D. Antonio Baraya:

Con tardanza pero con respeto, los Ingenieros Militares de Colombia simbolizan en el bronce de este monumento, personero del reconocimiento institucional, el justo homenaje a vuestros merecimientos como patriota, como soldado y como benefactor del cuerpo de Ingenieros.

Un año después del segundo centenario de vuestro nacimiento, inexplicablemente olvidado por la conciencia colombiana, los soldados de ingenieros



Mayor

RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

hacen propicia la celebración del natalicio de vuestro contemporáneo, amigo y compañero de armas en las campañas de 1813 —el payanés CALDAS Y TENORIO— Para ofreceros, Señor General, el homenaje que ha debido tributarse el 6 de noviembre de 1970.

Noble vuestra cuna por la línea paterna y por el Ricaurte de vuestra madre, —que os emparentaba con héroes en potencia de nuestra gesta libertaria—, el ejercicio de las armas marcó el imperativo de vuestra vocación desde los 13 años cuando vestisteis por primera vez un uniforme militar. Sub-Teniente a los 17 años, Teniente a los 22, y Capitán en 1810, la célebre reyerta de Morales y Llorente os ofreció la oportunidad para intervenir y dar seguridades al pueblo de que el regimiento del cual formabais parte no habría de volver sus armas contra él, y el “Auxiliar” no se opuso a la revolución!

Cuarenta años no habiáis cumplido y el mismo pueblo de vuestra Santafé os había ya hecho integrante de la Junta Suprema y miembro activo de su Comisión de Guerra. Pero el honor más grande estaba reservado para el año siguiente, cuando nombrado Coronel —por determinación del gobierno cundinamarqués— al mando de once centenares de soldados venciléis a mil quinientos realistas sobre las márgenes de un riachuelo olvidado a la una de la tarde el jueves 28 de marzo de 1811. Allí en Palacé, por primera vez la sangre patriota

tiñó en combate el suelo caucano, y por primera vez también las armas de Fernando de Borbón fueron derrotadas por los soldados de una patria americana que nacía!

Señor General: hemos leído las crónicas contemporáneas que hablan de vuestra entrada a esta tu ciudad, luego de tan triunfante actuación en el Sur, al frente de la “División Auxiliar de Cundinamarca”, y por ello nos parece veros llegar por este camino de Puente Aranda, en medio de las aclamaciones del pueblo hasta la altura de San Victorino, y ya más arriba veros abrazado por D. Antonio Nariño, Presidente de la República de Cundinamarca.

¿Fue acaso esa tarde el momento culminante de vuestro prestigio? Vencedor de España, con el aprecio de subalternos de probadas virtudes como Atanasio Girardot y Francisco de Paula Santander Omaña, y con el favor de Nariño, supremo conductor de Cundinamarca y cabeza visible del movimiento centralista.

Pero entonces el fantasma de las disensiones políticas, que valieron el nombre de “Boba” a aquella Patria de centralistas y federales, rompió la unidad del pensamiento político de independencia y os llevó, a la cabeza de vuestros subordinados Caldas, Ayala y Urdaneta, a dejar las banderas de Cundinamarca y a empuñar las del Congreso de la Nueva Granada en la ciudad de Sogamoso.

Ventaquemada y Monserrate, acciones culminantes de aquella guerra

entre ciudadanos de la misma Patria, os llevaron al enfrentamiento con vuestro antiguo jefe sobre el campo del honor, y el 9 de enero de 1813 el destino os hizo conocer —soldado hasta entonces siempre victorioso— el sabor agri dulce de la primera derrota. Eráis ya todo un veterano: conocimientos básicos de infantería, mando y conducción recibidos de jefes españoles en el “Regimiento Auxiliar”; tácticas de zapadores e ingenieros, vuestras favoritas —leídas en noches de campaña a la luz de un candil y discutidas con vuestro amigo Francisco de Caldas y Tenorio—, marchas, retiradas y acciones de combate, varias victorias y una derrota, os acreditaban como un bien probado Comandante Superior.

Reconciliadas las facciones antagónicas, en diciembre de 1813, se os hizo Comandante General de la Provincia de Tunja y como tal os tocó con Torres y Tenorio y Castillo y Rada acompañar al Libertador Bolívar en su entrada a Santafé. Este nombramiento fué seguido de vuestra nominación como Comandante de Armas de la Capital y de vuestra postulación por parte de la oficialidad, —honrosa en grado sumo— para que se os diera el mando en Jefe de las Tropas, que el Congreso acababa de conceder al propio Bolívar y Palacios.

Tiempo después, ya General de División, os tocó ser testigo actuante del ocaso de nuestros primeros sueños independientes, cuando en uso de retiro temporal, fuiste llamado por el Gobier-

no para integrar el “ejército de reserva”.

“La plazoleta de Funza, apenas despejada la bruma sabanera de cada mañana os contemplaba entonces supervisando la instrucción, que apresuradamente quería impartirse a un millar de criollos milicianos sabaneros y al caer de la tarde las pláticas con el Presidente Fernández Madrid y la lectura de tratados de táctica de fortificaciones complementaban vuestras actividades cotidianas. Poco antes vuestro amor patrio os había llevado a reintegrar al erario público aquella parte de vuestro sueldo que no era estrictamente necesario para la subsistencia, mientras afirmábais respecto al Estado: “Mi mayor deseo ha sido servirle de todos modos, solo para verle figurar entre las naciones libres”.

Pero, en 1815 toda resistencia fue inútil y ante el redoble de los tambores de la reconquista murieron por entonces los últimos anhelos de independencia. García Rovira cayó en el norte y a vos, Señor General la suerte os hizo caer prisionero del español al Sur, a inmediaciones de Neiva y mientras seguíais hacia territorio de los andagües la huella fugitiva de José Acevedo y Gómez. Curiosamente quisieron buscar la misma ruta el orador que infundió en las gentes el entusiasmo de la Libertad y el soldado que impidió que ese entusiasmo fuese reprimido por las balas de España en julio de 1810.

Pero más irónica coincidencia fue la de que vuestro ajusticiamiento se orde-

nase el 20 de julio, seis años después del día histórico de independencia.

“Uno de los que más contribuyeron a la Revolución” ... “Se halló en muchas acciones contra el ejército del rey” ... “dió planes de guerra”, son, entre otros, conceptos consignados en la sentencia del Consejo de Guerra, que ordenó vuestra degradación, la confiscación de vuestros bienes y vuestro ajusticiamiento por verdugo. Por fortuna la ausencia de éste os dio la posibilidad de morir con más dignidad, ante las armas de un pelotón de fusileros.

Los años han pasado, Señor General, la Patria por cuya libertad dísteis la

vida, la conserva con el apoyo de las espadas de estos soldados que guardan, en tiempo y en historia, su integridad y su soberanía. De vuestro nombre es legatario el Batallón que hoy rinde este homenaje en nombre de los Ingenieros y en representación de mandos y tropas de su ejército.

Desde ahora veréis formar cada mañana compañías de jóvenes patriotas, como hace ciento cincuenta y cuatro años entre las brumas matinales de Funza las veáis.

Señor General de División D. Antonio Baraya: Aceptad hoy 4 de octubre de 1971 este homenaje vibrante y sincero de los soldados de Colombia!